

XXXII Domingo Ordinario - B

Evangelio de la Misa: Mc 12,38-44

Corazón humilde

Si había unas personas que Jesús no podía soportar, y siempre rechazaba, contradecía y afeaba, eran los fariseos, a quienes describió maravillosamente con detalle: "Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza; buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas con pretextos de largos rezos".

Y por si no quedaban suficientemente descritos, viene el ejemplo tomado de su propia experiencia: la pobre viuda y el rico -egoísta y soberbio- haciendo ofrendas en el templo.

Observando, Señor, la descripción que haces de los fariseos y el ejemplo que pones de la pobre viuda y el rico soberbio haciendo ofrendas en el templo, entiendo tu postura ante estas personas. Solo merecían desprecio y alejamiento de la vida social, pero como hijos de Dios que son también, te pido por ellos para que comprendan su error, no molesten ni perjudiquen a nadie, y que no rechacen la posibilidad de ser más felices y generosos, y de vivir más a gusto con todos, compartiendo los bienes espirituales, culturales y materiales, pues esta es la única manera de ser y vivir felices.

Por desgracia, Señor, siguen abundando los farsantes y fariseos en la vida social, y a veces también en la propia comunidad cristiana. Con el pretexto de ser más sabios, más capaces y mejor dotados, y con la excusa del servicio a los demás, ansían los primeros puestos, pretenden dominar, y muchas veces aprovecharse del prójimo para el propio interés y bienestar, egoísta y material. Y no es raro que pretendan aparentar bondad y afán de servicio, e incluso tranquilizar la conciencia con las limosnas y públicas obras de caridad, o con el mero cumplimiento de prácticas de piedad.

Te pido, Señor, por todos los cristianos, y por mí, que también abuso muchas veces, o por lo menos tengo el mismo peligro del fariseísmo, que tanto repruebas y condenas. Con toda la humildad, que me es posible, y con plena confianza en tu palabra, te suplico: "Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo". Solo desde esta humildad y buena voluntad sé que es posible ayudar, compartir, querer y sentirse queridos como buenos cristianos; y solo con estas actitudes se puede ser verdaderamente felices. Por esto te repito: "Sagrado Corazón de Jesús, haz que mi corazón sea semejante al tuyo".

Padre Segismundo Fernandez Rodríguez